

¿Fracaso del Control de Natalidad?

Sebastián Mantilla, S. J.

El auto redujo su marcha al entrar en el pueblo. A derecha e izquierda niños, muchos niños que corrían de acá para allá sin preocuparse de la circulación rodada, la mayor parte de ellos mal vestidos, todos descalzos, mientras los hombres en grupos conversaban a la puerta de las casas. Era un pueblo del campo, un pueblo pobre de América Central que vivía del trabajo agrícola prestado en las haciendas del contorno durante las épocas de siembra y recolección. Las casas de adobes y techo pajizo o de palma, apenas parecía suficientes para albergar dentro cómodamente a dos o tres seres. Pero aquellas familias tenían cada una cinco, seis... hasta diez, doce hijos.

—¿Cómo se las arreglan para alimentarlos?— pregunté a mi amigo el Sr. X que conducía el carro. —Ya puede figurárselo Ud., mal, muy mal, ¡pasando verdadera hambre!— me respondió. Y añadió a continuación: ¿No le parece a Ud. inhumano el traer al mundo estos pobres seres inocentes, para después dejarlos morir de hambre?”

Entonces terció la esposa: “Mire Ud. El mismo problema se nos plantea a nosotros, a pesar de estar empleado mi esposo y de tener unos ingresos seguros. Y lo hemos resuelto decidiéndonos a no tener más hijos, sea como sea”.

El auto había atravesado ya el pueblo y rodaba con más libertad por una carretera desierta. A ambos lados la vista se perdía en una lejanía de bosques y campos incultos. Ni una parcela sembrada, ni un ser viviente en todo el horizonte.

Y me pareció oír allá en el fondo del alma aquellas palabras de Dios en el Génesis: “¡Creced y multiplicaos y llenad la tierra!”, en contra de la consigna que propagan los hombres de ciencia de hoy: “No crezcáis, no os multipliquéis, no llenéis más la tierra!”.

La explosión de la población.

La población mundial ha crecido mucho en estos últimos años. Es decir: ha crecido a un ritmo más rápido al que venía creciendo antes. Y esto ha asustado a ciertas gentes, que se han preguntado; ¿habrá modo de alimentar a los recién llegados? Porque en ciertas regiones se han presentado hambres esporádicas con caracteres graves y en otras muchas se han agravado las hambres endémicas que de antiguo padecen. Alarmados en su egoísmo o en su altruísmo se han dicho: “¡Es imposible seguir así. El mundo camina hacia su ruina!”

En efecto: cada año se agregan 45 millones más a los ya existentes, cada día 123.287, cada minuto 85. En la actualidad (1962) se calcula en unos 3.000 millones la población total que hay en el mundo y como en 1920 era de sólo 1810 millones se puede decir que para 1970 se habrá podido duplicar la que había 50 años antes, en 1920. Esto supone un ritmo de crecimiento mucho más elevado que en siglos anteriores.

Además este aumento no es uniforme, sino que en unas regiones va más de prisa que en otras y (cosa curiosa) no es raro observar que la población tiende a aumentar más en aquellos lugares donde hay menos recursos para ayudarla a subsistir, con lo cual sobran los alimentos en unos países mientras a otros azota el hambre despiadadamente. Tal ocurre actualmente en algunas regiones de la India, en la China Comunista, en el Norte del Brasil y con menor agudeza en otros países. Según Josué de Castro (1) que se ha especializado en el estudio de este problema, son más cada año los países del mundo en los que se va presentando este fenómeno del hambre.

A veces se aprovechan los sobrantes agrícolas de algunos países, como EE. UU. Pero éstos no bastarían para acallar el hambre, sino para hacerla de momento menos aguda, pues sólo en la India haría falta duplicar, triplicar, las cifras de algunas de sus producciones actuales.

Con ello Malthus ha vuelto a ponerse de moda y se ha vuelto a asegurar que mientras la población crece en progresión geométrica (1-2-4-8-16-32-64...), las subsistencias crecen tan sólo en progresión aritmética (1-2-3-4-5...), convirtiendo un fenómeno que limitado en el tiempo y en el espacio pudo ser verdad, en una ley general que ya en tiempos del mismo Malthus se probó ser errónea.

Soluciones.

Habría que aumentar la producción agrícola, intensificar la industria, la enseñanza técnica, crear nuevas fuentes de empleo que ocupen a esos miles de brazos que cada año se presentan en nuestros países al mercado de trabajo. Pero estas serían soluciones que llegarían demasiado tarde —se ha dicho— de difícil aplicación. ¿Dónde hallar los capitales necesarios para que resulte productivo el trabajo de cada nuevo obrero que llega a la industria o la agricultura?

Hacía falta una solución de urgencia, más rápida, más eficaz: había que limitar la población. Si la causa del mal está en el aumento, lo que hemos de hacer es evitar el aumento de la población, frenar su crecimiento, impedir los nuevos nacimientos.

El control de la Natalidad.

Entonces se presentó una solución que pretendía ser totalmente científica e incluso avalada por la medicina. Nada de abortos, se dijo. Nada de destruir la vida existente. Respetémosla. Pero, eso sí, impidamos sus nuevos brotes mediante medicaciones convenientes que permitan el comercio carnal, la unión sexual sin ulteriores consecuencias. De este modo cada matrimonio podrá elegir con libertad el número de hijos que desea

(1) CASTRO, Josué de, "Le livre noir de la faim", Economie et Humanisme, Paris, 1961.

tener. Todo es cuestión de fabricar los contraceptivos al por mayor y a precios asequibles a cualquier fortuna y luego divulgar su uso y exaltar sus ventajas.

Ya en 1921 Margarita Sanger había fundado en EE. UU. la "Liga Americana para el Control de la Natalidad", denominada hoy "Federación Americana de la Paternidad Planificada". En 1930 aparecía en Inglaterra el "Consejo Nacional del Control de la Natalidad". Últimamente una "Federación Internacional de Paternidad Planificada" dirige y coordina toda la propaganda anti-conceptiva a escala mundial.

En su folleto y conferencias los apóstoles de esta corriente salvadora usan de los siguientes argumentos:

- 1) es preferible el controlar la concepción a aplicar el aborto a las nuevas vidas;
- 2) es preferible una humanidad planificada a una humanidad hambrienta;
- 3) es más feliz la mujer, si puede defenderse de toda maternidad imprevista o injusta;
- 4) allí donde se aceptan los principios del control de la natalidad se hace más fácil la lucha contra las tendencias inmorales.

Resultados prácticos del sistema.

Pero su aplicación, principalmente en EE. UU., Inglaterra, Suecia, Dinamarca, India, Japón, Puerto Rico, Suiza, no ha confirmado hasta ahora de un modo claro y convincente tantas bellas promesas.

a) Abortos.

Si nos fijamos en el caso del Japón, por ser el país en que se ha hecho la experiencia en mayor escala y donde se dispone de estadísticas numerosas, vemos que su población aumentaba en un millón anual en los tiempos que siguieron a la última guerra, guerra de la que el país había salido derrotado y en ruinas. Y aunque la economía se rehacía rápidamente; vista la dificultad de emigrar se decidió acudir al Control de Natalidad como a una solución de emergencia, permitiéndose oficialmente su propaganda y legalizando además el aborto. Pues bien: de 1948 a 1960 la natalidad se redujo a la mitad (de 33,7 por mil a 17,2 por mil) es cierto, pero al mismo tiempo los abortos legales llegaron a los 2 millones en 1956 y probablemente los abortos clandestinos igualaron esta cifra.

La razón de este fenómeno se halla en que las familias que han resuelto emplear medios anti-conceptivos para evitar los hijos, no vacilan en recurrir al aborto cuando éstos han resultado técnicamente ineficaces o cuando, por haber sido remisos en su empleo, se produce inesperadamente un embarazo.

Por su parte la misma legislación tiende en dichos países a proteger esta actitud legalizando los mismos abortos. Tal ha sido el caso de Dinamarca y Suecia, donde se han generalizado enormemente las prácticas contraceptivas. El mismo fenómeno se ha constatado en EE. UU. De este

último país, escribe el Dr. Pearl ("The Natural History of Population", 1939), que había ya en 1939 de 3 a 4 veces más abortos entre las familias que usaban contraceptivos. Los abortadores deben a los clientes del birth control el 75% de sus llamadas.

b) ¿Disminuye el hambre?

Para comprobarlo hará falta esperar más tiempo y ver si el sistema resulta eficaz en poblaciones incultas como las de la India, como lo ha sido entre los japoneses de un nivel de vida y de una cultura muy superior a la de los demás países superpoblados.⁽¹⁾

Y decimos ésto, porque la experiencia da que es en los pueblos de mayor cultura y entre las clases sociales menos necesitadas donde arraigan más fácilmente las prácticas malthusianas, mientras que los menos cultos y que sufren de mayor miseria se muestran más refractarios a estos cambios y continúan fomentando el crecimiento de la población.

Esto puede notarse asimismo entre la actitud adoptada por las ciudades y el campo dentro de una misma nación. Mientras el campo más descuidado e ignorante continúa en marcha ascendente, disminuyen los niños en las ciudades donde de ley ordinaria encontrarían más facilidades para su subsistencia. ¿Qué pueden conseguir dos mil clínicas de control de natalidad trabajando en dos mil pueblecitos de la India (como se dice, lo están haciendo últimamente) cuando existen unas 500.000 agrupaciones semejantes en todo el país?

Para que el sistema pudiera cambiar rápidamente y a poco costo el desarrollo de la población y así evitar el hambre sería necesario el aplicarlo por la fuerza, cosa que repugna a los sentimientos de la mayor parte de la humanidad y que constituye una violación de uno de los más sagrados derechos de la persona humana. De otro modo se tardaría tanto en imponer estos nuevos criterios, en abierta contradicción con costumbres y sentimientos religiosos de todos los pueblos, que su divulgación llegaría demasiado tarde para justificar su urgencia.

Mayor felicidad.

Finalmente, no parece haber aumentado mucho la felicidad de aquellos hogares en los que la madre puede elegir el momento de serlo, a no ser que se ponga la dicha en algo meramente negativo: en la negación a cooperar en dar al mundo una nueva vida, en la sustitución de una esterilidad premeditada a una generosidad bienhechora, en renunciar a aquella alegría de la que se hizo eco Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio al decir que la madre se alegra de serlo por "haber dado un nuevo hombre al mundo".

Los visitantes de Suecia, que es el país de mayor nivel de vida de la tierra y de menor población infantil, sacan la impresión de que sus habitantes no muestran en su conducta una satisfacción mayor que la que rezuma el rostro de una honrada madre de familia de nuestras latitudes

(1) El Japón tiene una renta, por persona de \$ 200 a 300 y mayor contingente escolar que algunas naciones de Europa.

cuando, rodeada de hijos, se desvive por atenderlos, y añade que el número creciente de suicidios parece confirmar la poca estima en que se tiene un modo de vivir tan "confortable".

Tampoco puede decirse que los países sujetos a esta experiencia hayan mejorado en otros aspectos de la moralidad pública, recordándose a este propósito que ni la legalización del divorcio hizo desaparecer las uniones libres, ni la reglamentación de los burdeles disminuyó los ataques a la honestidad de las doncellas.

La nueva civilización que impone el Control de Nacimientos.

Es evidente que erigido en principio este sistema, surge con ello una nueva concepción del hombre y de la sociedad, que hará variar conductas y valores tenidos por insustituibles. ¿Ganará la humanidad con ello? ¿Se puede considerar su implantación como un avance que compense la pérdida de otros valores humanos? Esto es lo que aún está por ver.

Porque no es lo mismo tolerar algo que se considera un mal necesario, que aceptarlo como un hecho normal y darle carta de naturaleza reglamentándolo. Así ocurriría con las uniones ilícitas, antes de la institución del divorcio. Así ocurriría con la trata de blancas, antes de la reglamentación de las casas de prostitución.

La admisión de este sistema entre los valores normales ha de traer también profundos cambios en nuestra civilización.

Desaparecerán las familias llamadas numerosas, consideradas de aquí en adelante como una "monstruosidad", con ser sin embargo estas familias numerosas las que aseguran contra la reducción de la población, sobre todo en época de crisis, época en la que todas las familias tienden a reducir aún más el número de hijos.

No es lo mismo, como dijimos, una población más reducida, que una población más envejecida y la disminución de la fecundidad produce este envejecimiento hasta poder llegar a contener un 25% de sexagenarios. El egoísmo crece, el miedo a los hijos aumenta, el temor al riesgo en los negocios se hace mayor y se prefieren tan sólo las inversiones de dinero en rentas fijas. Un pueblo en esta disposición es un pueblo que camina hacia su desaparición porque los pueblos no mueren, los pueblos dejan de nacer. Y ¿qué será de ellos cuando hayan de enfrentarse con otros pueblos más jóvenes, vigorosos, creadores?

Es evidente que se puede llegar a regular el nacimiento de los niños como se regula la multiplicación del ganado, pero no sin acabar con ello con la dicha familiar, que no es algo que pueda controlarse por la técnica como se controla el gusto que puede producir una diversión.

En cuanto a la moral es indudable que no tiene más remedio que bajar, ya que la dicha se pone en la experiencia sexual estéril y ésta puede intentarse sin riesgo alguno, lo mismo entre esposos que entre jóvenes que no lo son.

Y aunque es cierto que no hace falta fomentar más la prostitución, en todos los países esta erotización creciente y la falsa seguridad que dan

los medios contraceptivos facilita aún más a las jóvenes la práctica de estas experiencias sexuales fuera del matrimonio.

Se producen, asimismo, otras derivaciones de la sexualidad: la madurez en la progresión del instinto sexual queda trunca; el hombre se afemina y la mujer se hace menos mujer, ya que dejan de manifestarse con el vigor suficiente su diverso modo de actuar en la obra de la creación de un nuevo ser, dándose origen a los estadios llamados intersexuales. En fin: una vez que se considera la procreación como algo accidental en comparación con el erotismo dentro del matrimonio, viene la derivación hacia la homosexualidad.

Finalmente: si las clínicas de contracepción ayudaran como dicen sus partidarios a producir un aumento de felicidad en los hogares, ¿cómo es que no se nota esta consolidación de la vida familiar en Dinamarca, en Suecia, en EE. UU.? ¿Por qué en estos países continúan los divorcios aumentando, en vez de disminuir?

Posición de la Iglesia Católica.

Antes de exponer la posición de la Iglesia Católica en este punto conviene advertir que para entenderla se requiere una condición previa: tener fe cristiana. Más aún, se requiere la persuasión de que estamos en este mundo para algo más que para gozar, que estamos destinados a una felicidad supra-terrena y que para lograrla hemos de subordinar a ella muchos otros intereses. Todo esto es evidente que resulta ininteligible para los no bautizados y muy poco inteligible para tantos cristianos de sólo nombre como existen hoy.

Hemos de admitir, asimismo, que la Iglesia ha sido establecida por Jesucristo Nuestro Señor como Maestra de la Verdad, la verdad tanto en materias religiosas como en costumbres.

“Que en consecuencia en las cuestiones que se plantean hoy con relación al matrimonio, no deben fiarse los fieles demasiado de su propio juicio ni dejarse seducir por esa falsa libertad de la razón humana que se llama autonomía (Casti Connubii).

La afirmación fundamental de la Iglesia en este punto se encuentra en la misma Encíclica cuando el Papa Pío XI trata de los dos fines que tiene la regulación de la fecundidad:

“El acto del matrimonio está por su misma naturaleza destinado a la generación de los hijos”. Pero añade que es también igualmente apto por su naturaleza (aunque secundariamente) para favorecer la realización de la comunidad conyugal con sus objetivos esenciales de unidad, indisolubilidad y orden en el amor:

“Hay en efecto —declara el Sumo Pontífice en Casti Connubii— tanto en el matrimonio mismo como en el uso del acto matrimonial, fines secundarios, como la ayuda mutua, el amor recíproco que hay que conservar y el remedio a la concupiscencia”.

Esta primacía concedida claramente a la finalidad generativa, descarta de toda posible coonestación toda unión matrimonial por la que quede excluida la procreación, como ocurre en las realizadas bajo el influjo de los

contraceptivos, caso que no ha de confundirse con aquel en que la fecundidad sea biológicamente imposible, ya que no se excluyen otros fines secundarios. Posteriormente volvió a tratar Pío XII de este asunto en su alocución a las parteras de Roma.

“Para cortar de una vez las incertidumbres y desviaciones —dice el Papa— que amenazaban extender los errores a propósito de la jerarquía de los fines del matrimonio y de sus relaciones recíprocas. Nos mismos redactamos hace algunos años una declaración (10 de Marzo de 1944) sobre el orden de estos fines, indicando lo que revela la estructura interna de la disposición natural de la sensualidad”. “La verdad es que el matrimonio como institución natural en virtud de la voluntad del Creador, tiene por fin primario e íntimo, no el perfeccionamiento personal de los esposos sino la procreación y educación de la nueva vida, la procreación y educación del niño como persona humana”.

“Los otros fines, aunque también queridos por la naturaleza, no se encuentran al mismo nivel que el primero y mucho menos le son superiores, sino que le están esencialmente subordinados. Esto es valedero para todo matrimonio, incluso infecundo”.

No puede, pues, exponerse con mayor claridad la absoluta reprobación de todo sistema de control de la natalidad.

Si alguien adujera que el amor entre los jóvenes comienza y parece terminarse en ellos mismos, buscando la felicidad de una convivencia continuada en común, sin que se piense de un modo reflejo en los hijos, habría que responder que este modo de enfocar el amor es propio de sus primeros estadios y va evolucionando con el crecimiento y predominio de la tendencia sexual, hasta orientarse hacia el deseo de los hijos en la madurez del matrimonio, e identificar la intención de la Naturaleza (intención puesta en ella por el mismo Dios) y que los teólogos llaman *finis operis*, con el deseo de los que lo realizan (*finis operantis*)”

Es claro que no se trata de hacer uso de esta fecundidad a impulsos tan sólo del instinto y que sólo la caridad y la prudencia pueden señalar a cada hogar el número de hijos que deba tener de acuerdo con:

la salud de la madre;
la salud del hijo que va a nacer;
los recursos, la habitación,
la educación necesaria, etc.

Pero tal limitación de los nacimientos o regulación, como la llama el Papa Pío XII, será tan sólo posible a través de una continencia total o de una continencia periódica, haciendo uso del matrimonio en los días estériles según el calendario mensual de la madre. Es la teoría que se basa en el hecho de que el Creador ha querido que el organismo de la mujer descansa unos días al mes, después del trabajo de ovulación para permitírsele una renovación que le ponga de nuevo en condiciones de servicio para futuras vidas. El no usar sistemáticamente del matrimonio más que en estos días infecundos, y ello por motivos fundados, es lo que se llama el método de la continencia periódica o del ritmo, el cual supone ciertamente una fuerza especial infundida divinamente a los esposos cristianos y que aviva en ellos la caridad, fuerza y virtud que no es otra cosa que la castidad conyugal, que les ayuda a guardar esa continencia periódica.

Pero aparte de este método, todo sistema contraceptivo para espaciar o limitar los nacimientos cae bajo la condena de la Iglesia. Así lo repitió Pío XII en 1951: "Nuestro predecesor Pío XI en su Encíclica Casti Connubii del 31 de Diciembre de 1930 proclamó de nuevo, solemnemente, la ley fundamental del acto y de las relaciones conyugales, a saber: que todo atentado de los esposos en el cumplimiento del acto conyugal o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, atentado que tenga por fin el privar de la energía que le es inherente e impedir la procreación de una nueva existencia, es inmoral, y ninguna indicación, o necesidad puede transformarlo en una acción intrínsecamente moral y lícita".

Y añadía el Papa: "Esta prescripción se halla en pleno vigor, hoy lo mismo que ayer y lo estará mañana y siempre, porque no es un simple precepto de derecho humano, sino la expresión de una ley natural y divina". (1)

No está permitido por consiguiente, a ningún católico el aceptar ni el propagar los métodos del llamado control de la natalidad, como tampoco hacer uso de procedimientos esterilizantes, sea la que sea la autoridad de los que propongan tales procedimientos.

Y la Iglesia, al exigir este sacrificio de sus hijos, lo hace consciente de las dificultades que supone su realización, ya que hace falta un valor heroico para mantenerse fiel a esta doctrina, hace falta una gran ayuda de Dios, hace falta que los matrimonios cristianos fortalezcan sus voluntades con la frecuencia de sacramentos.

Pero la Iglesia no pide imposibles. Y si el ambiente, el ejemplo de los no católicos, la debilidad de muchos católicos de nombre, las costumbres públicas, laboran en contra de esta finalidad y ponen obstáculos a veces difíciles de superar a los esposos cristianos dignos de este nombre, también es cierto que la ayuda de Dios no ha de faltar a quienes ponen humildemente de su parte lo que pueden para seguir fieles a sus preceptos.

Conclusión.

¿Se deduce de todo lo dicho el fracaso del control de natalidad? Podríamos responder distinguiendo así: 1) El control de la natalidad no ha fracasado en impedir el aumento de población eliminando nuevos nacimientos. 2) Pero el control de natalidad ha fracasado en la sustitución del aborto por los contraceptivos, en conservar una vigorosa y joven población, en impulsar un mayor bienestar que excluya el hambre al menos hasta ahora, en procurar una mayor felicidad a los esposos. Y, sobre todo, ha fracasado totalmente en elevar la dignidad y la cultura propias de la civilización cristiana, ya que la ha sustituido por un ambiente de grosero materialismo.

¿Habría otras maneras de solucionar el problema del exceso de población? Indudablemente y a ellas aluden los Sumos Pontífices en sus orientaciones sociales. Tales son el aumento de la industria, la intensificación de la productividad agrícola y más aún las facilidades para la emigración a nuevas tierras. Pero de ellas hablaremos en otra ocasión.

(1) Pío XII repite esta condenación de los preservativos ante el Congreso Internacional de Hematología del 12 de septiembre de 1958. Sólo sería admisible una medicación que produjera una esterilización indirecta, no directa, en virtud del principio general de las acciones de doble efecto.

Queda también otro punto muy importante por dilucidar: ¿Es siempre un mal el exceso de población? ¿Qué población se debe considerar excesiva? Porque hay autores llamados "poblacionistas" para los que una población abundante es siempre un bien y cuanto más abundante mejor. (1) El tema es de gran actualidad en todo Centro América y más especialmente en El Salvador, cuya población acusa un constante crecimiento, junto a un creciente desempleo. Acerca de él pensamos escribir más adelante en nuestra revista, limitándonos a afirmar de momento que en el binomio población-economía no es la población la que ha de servir a la economía, sino la economía la que ha de someterse a las necesidades de la población.

Bibliografía sobre la limitación de la natalidad.

Aparte de las directrices de la Iglesia, que se contienen en las alocuciones y radiomensajes de Pío XII principalmente, debe leerse como documento fundamental en toda esta materia la Encíclica "Casti Connubii" del Sumo Pontífice Pío XI publicada el 31 de Diciembre de 1930. La prensa y revistas católicas tratan con frecuencia del tema. Véase, por ejemplo: "Stimmen der Zeit", Abril 1962, "Geburtenregelung und christliche Kirchen", por el R. P. José Fuchs, S. J. Entre los libros recientes: "La Limitation des Naissances" por Estanislao de Lestapis, S. J. París, Spes, 1960, del cual hay una traducción al español.

(1) Con frecuencia suelen leerse opiniones en este sentido en la prensa. Véase, por ejemplo en el "Diario de Hoy", San Salvador, 27 Junio 1962, a Alvaro Menén en "Un tic tac de virilidad y de potencia económica".

FARMACIA AMERICANA

Distribuidora de la mejor leche en polvo

"LITA"

la encontrará en su Farmacia, Almacén
o tienda preferida.

Llame a los Teléfonos Números 2040 - 2041 - 2042

M. A. RODRIGUEZ & Cía. - San Salvador